



**Antonio
Machado**
SOLEDADES,
GALERÍAS
Y OTROS
POEMAS

Antonio Machado

SOLEDADES, GALERÍAS Y OTROS POEMAS

Edición

Manuel Alvar

Prólogo

Ben Clark



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Herederos de Antonio Machado, 1940

© de la edición, Manuel Alvar

© por el prólogo, Ben Clark, 2020

© Espasa Libros, S. L. U., 2020

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: Shutterstock

Primera edición: 25-XI-1975

Primera edición en esta presentación en Austral: marzo de 2020

Depósito legal: B. 1.494-2020

ISBN: 978-84-670-5893-2

Impresión y encuadernación: EGEDSA

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

LAS MÁS HONDAS PALABRAS por Ben Clark	11
NOTA DEL EDITOR	15
NOTA A LA EDICIÓN DE <i>POESÍAS COMPLETAS</i>	17

SOLEDADES, GALERÍAS Y OTROS POEMAS

Soledades (1899-1907)	21
Del camino	37
Canciones	45
Humorismos, fantasías, apuntes. Los grandes inventos	54
Galerías	66
Varia	81

POESÍAS NO INCLUIDAS EN *SOLEDADES*
(1898-1907)

Poesías de «Soledades» [1898-1907]	87
--	----

SOLEDADES, GALERÍAS
Y OTROS POEMAS

SOLEDADES (1899-1907)

I

EL VIAJERO

Está en la sala familiar, sombría,
y entre nosotros, el querido hermano
que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano.

Hoy tiene ya las sienas plateadas,
un gris mechón sobre la angosta frente;
y la fría inquietud de sus miradas
revela un alma casi toda ausente.

Deshójanse las copas otoñales
del parque mustio y viejo.
La tarde, tras los húmedos cristales,
se pinta, y en el fondo del espejo.

El rostro del hermano se ilumina
suavemente. ¿Floridos desengaños
dorados por la tarde que declina?
¿Ansias de vida nueva en nuevos años?
¿Lamentará la juventud perdida?
Lejos quedó —la pobre loba— muerta.
¿La blanca juventud nunca vivida
teme, que ha de cantar ante su puerta?
¿Sonríe al sol de oro
de la tierra de un sueño no encontrada;
y ve su nave hender el mar sonoro,
de viento y luz la blanca vela hinchada?
Él ha visto las hojas otoñales,

amarillas, rodar, las olorosas
ramas del eucalipto, los rosales
que enseñan otra vez sus blancas rosas...

Y este dolor que añora o desconfía
el temblor de una lágrima reprime,
y un resto de viril hipocresía
en el semblante pálido se imprime.

Serio retrato en la pared clarea
todavía. Nosotros divagamos.
En la tristeza del hogar golpea
el tictac del reloj. Todos callamos.

II

He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas;
he navegado en cien mares,
y atracado en cien riberas.

En todas partes he visto
caravanas de tristeza,
soberbios y melancólicos
borrachos de sombra negra,
y pedantones al paño
que miran, callan, y piensan
que saben, porque no beben
el vino de las tabernas.

Mala gente que camina
y va apestando la tierra...

Y en todas partes he visto
gentes que danzan o juegan,
cuando pueden, y laboran
sus cuatro palmos de tierra.

Nunca, si llegan a un sitio,
preguntan a dónde llegan.
Cuando caminan, cabalgan
a lomos de mula vieja,
y no conocen la prisa
ni aun en los días de fiesta.
Donde hay vino, beben vino;
donde no hay vino, agua fresca.

Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos,
descansan bajo la tierra.

III

La plaza y los naranjos encendidos
con sus frutas redondas y risueñas.
Tumulto de pequeños colegiales
que, al salir en desorden de la escuela,
llenan el aire de la plaza en sombra
con la algazara de sus voces nuevas.
¡Alegría infantil en los rincones
de las ciudades muertas!...
¡Y algo nuestro de ayer, que todavía
vemos vagar por estas calles viejas!

IV

EN EL ENTIERRO DE UN AMIGO

Tierra le dieron una tarde horrible
del mes de julio, bajo el sol de fuego.
A un paso de la abierta sepultura,
había rosas de podridos pétalos,
entre geranios de áspera fragancia
y roja flor. El cielo
puro y azul. Corría
un aire fuerte y seco.
De los gruesos cordeles suspendido,
pesadamente, descender hicieron
el ataúd al fondo de la fosa
los dos sepultureros...
Y al reposar sonó con recio golpe,
solemne, en el silencio.
Un golpe de ataúd en tierra es algo
perfectamente serio.

Sobre la negra caja se rompían
 los pesados terrones polvorientos...
 El aire se llevaba
 de la honda fosa el blanquecino aliento.
 — Y tú, sin sombra ya, duermes y reposa,
 larga paz a tus huesos...
 Definitivamente,
 duermes un sueño tranquilo y verdadero.

V

RECUERDO INFANTIL

Una tarde parda y fría
 de invierno. Los colegiales
 estudian. Monotonía
 de lluvia tras los cristales².
 Es la clase. En un cartel
 se representa a Caín
 fugitivo, y muerto Abel,
 junto a una mancha carmín.
 Con timbre sonoro y hueco
 truena el maestro, un anciano
 mal vestido, enjuto y seco,
 que lleva un libro en la mano.
 Y todo un coro infantil
 va cantando la lección;
 «mil veces ciento, cien mil;
 mil veces mil, un millón»³.
 Una tarde parda y fría
 de invierno. Los colegiales
 estudian. Monotonía
 de la lluvia en los cristales.

² En *Páginas escogidas* (Madrid, 1917), este verso aparece en la misma forma que en el final del poema. Así en las demás ediciones.

³ Creo mejor ésta que la puntuación de Oreste Macrì, *Poesie di Antonio Machado*, Milán, 3.^a ed., 1969, pág. 230.

VI

Fue una clara tarde, triste y soñolienta
tarde de verano. La hiedra asomaba
al muro del parque, negra y polvorienta...

La fuente sonaba.

Rechinó en la vieja cancela mi llave;
con agrio ruido abrióse la puerta
de hierro mohoso y, al cerrarse, grave
golpeó el silencio de la tarde muerta.

En el solitario parque, la sonora
copla borbollante del agua cantora
me guió a la fuente. La fuente vertía
sobre el blanco mármol su monotonía.

La fuente cantaba: ¿Te recuerda, hermano,
un sueño lejano mi canto presente?
Fue una tarde lenta del lento verano.

Respondí a la fuente:
No recuerdo, hermana,
mas sé que tu copla presente es lejana.

Fue esta misma tarde: mi cristal vertía
como hoy sobre el mármol su monotonía.
¿Recuerdas, hermano?... Los mirtos talares,
que ves, sombreaban los claros cantares
que escuchas. Del rubio color de la llama,
el fruto maduro pendía en la rama,
lo mismo que ahora. ¿Recuerdas, hermano?...
Fue esta misma lenta tarde de verano.

—No sé qué me dice tu copla riente
de ensueños lejanos, hermana la fuente.

Yo sé que tu claro cristal de alegría
ya supo del árbol la fruta bermeja;
yo sé que es lejana la amargura mía
que sueña en la tarde de verano vieja.

Yo sé que tus bellos espejos cantores
copiaron antiguos delirios de amores:
mas cuéntame, fuente de lengua encantada,
cuéntame mi alegre leyenda olvidada.

—Yo no sé leyendas de antigua alegría,
sino historias viejas de melancolía.
Fue una clara tarde del lento verano...

Tú venías solo con tu pena, hermano;
 tus labios besaron mi linfa serena,
 y en la clara tarde dijeron tu pena.

Dijeron tu pena tus labios que ardían;
 la sed que ahora tienen, entonces tenían.

—Adiós para siempre, la fuente sonora,
 del parque dormido eterna cantora.

Adiós para siempre, tu monotonía,
 fuente, es más amarga que la pena mía.

Rechinó en la vieja cancela mi llave;
 con agrio ruido abrióse la puerta
 de hierro mohoso y, al cerrarse, grave
 sonó en el silencio de la tarde muerta.

VII

El limonero lánguido suspende
 una pálida rama polvorienta,
 sobre el encanto de la fuente limpia,
 y allá en el fondo sueñan
 los frutos de oro...

Es una tarde clara,
 casi de primavera,
 tibia tarde de marzo,
 que el hálito de abril cercano lleva;
 y estoy solo, en el patio silencioso,
 buscando una ilusión cándida y vieja:
 alguna sombra sobre el blanco muro,
 algún recuerdo, en el pretil de piedra
 de la fuente dormido, o, en el aire,
 algún vagar de túnica ligera.

En el ambiente de la tarde flota
 ese aroma de ausencia,
 que dice al alma luminosa: nunca,
 y al corazón: espera.

Ese aroma que evoca los fantasmas
 de las fragancias vírgenes y muertas.

Sí, te recuerdo, tarde alegre y clara,
 casi de primavera,
 tarde sin flores, cuando me traías

el buen perfume de la hierbabuena,
y de la buena albahaca,
que tenía mi madre en sus macetas.

Que tú me viste hundir mis manos puras
en el agua serena,
para alcanzar los frutos encantados
que hoy en el fondo de la fuente sueñan...

Sí, te conozco, tarde alegre y clara,
casi de primavera.

VIII

Yo escucho los cantos
de viejas cadencias,
que los niños cantan
cuando en corro juegan,
y vierten en coro
sus almas que sueñan,
cual vierten sus aguas
las fuentes de piedra:
con monotonías
de risas eternas,
que no son alegres,
con lágrimas viejas,
que no son amargas
y dicen tristezas,
tristezas de amores
de antiguas leyendas.

En los labios niños,
las canciones llevan
confusa la historia
y clara la pena;
como clara el agua
lleva su conseja
de viejos amores,
que nunca se cuentan.

Jugando, a la sombra
de una plaza vieja,
los niños cantaban...

La fuente de piedra

vertía su eterno
cristal de leyenda.

Cantaban los niños
canciones ingenuas,
de un algo que pasa
y que nunca llega:
la historia confusa
y clara la pena.

Seguía su cuento
la fuente serena;
borrada la historia,
contaba la pena⁴.

IX

ORILLAS DEL DUERO

Se ha asomado una cigüeña a lo alto del campanario.
Girando en torno a la torre y al caserón solitario,
ya las golondrinas chillan. Pasaron del blanco invierno,
de nevascas y ventiscas los crudos soplos de infierno.

Es una tibia mañana.

El sol calienta un poquito la pobre tierra soriana.

Pasados los verdes pinos,
casi azules, primavera
se ve brotar en los finos
chopos de la carretera
y del río. El Duero corre, terso y mudo, mansamente.
El campo parece, más que joven, adolescente.

Entre las hierbas alguna humilde flor ha nacido,
azul o blanca. ¡Belleza del campo apenas florido,
y mística primavera!

⁴ En la primera edición de *Poesías completas* (Madrid, 1917), los dos primeros versos de la estrofa dicen:

Vertía la fuente
su eterna conseja:

Macrì transcribe como nuestro texto, salvo en el v. 3, donde prefiero la especificación a la explicación.

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,
 espuma de la montaña
 ante la azul lejanía,
 sol del día, claro día!
 ¡Hermosa tierra de España!⁵.

X

A la desierta plaza
 conduce un laberinto de callejas.
 A un lado, el viejo paredón sombrío
 de una ruinoso iglesia;
 a otro lado, la tapia blanquecina
 de un huerto de cipreses y palmeras,
 y, frente a mí, la casa,
 y en la casa, la reja,
 ante el cristal que levemente empaña
 su figurilla plácida y risueña.
 Me apartaré. No quiero
 llamar a tu ventana... Primavera
 viene —su veste blanca
 flota en el aire de la plaza muerta—;
 viene a encender las rosas
 rojas de tus rosales... Quiero verla...

XI

Yo voy soñando caminos
 de la tarde. ¡Las colinas
 doradas, los verdes pinos,
 las polvorientas encinas!...
 ¿Adónde el camino irá?
 Yo voy cantando, viajero
 a lo largo del sendero...
 —La tarde cayendo está—.

⁵ Véase Gregorio Salvador, «Orillas del Duero», de Antonio Machado, en *El comentario de textos*, Madrid, 1973, págs. 271-284.

«En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
ya no siento el corazón».

Y todo el campo un momento
se queda, mudo y sombrío,
meditando. Suena el viento
en los álamos del río.

La tarde más se oscurece;
y el camino que serpea
y débilmente blanquea,
se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:
«Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada».

XII

Amada, el aura dice
tu pura veste blanca...
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!

El viento me ha traído
tu nombre en la mañana;
el eco de tus pasos
repite la montaña...

No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!

En las sombrías torres
repican las campanas...
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!

Los golpes del martillo
dicen la negra caja;
y el sitio de la fosa,
los golpes de la azada...
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!